

Introducción

Aconseja la sentencia popular: «Conocer lo que fuimos, para saber lo que somos». Conocer el entorno familiar de un personaje, aquello que ha conformado su mundo, permite entender mejor a la persona y su línea de actuación en la vida. En mi caso, a medida que avanzaba en la investigación familiar, iban perfilándose escenas, personajes, ambientes que me acercaban más y mejor a mis antepasados y me hacían sentirme cada vez más unida a ellos. Ha sido una forma de confirmar que en mí, como en cualquiera de nosotros, viven nuestros antecesores: padres, abuelos y bisabuelos. Así podríamos seguir subiendo hasta Adán y Eva, o bajando hacia mis descendientes, porque todos nosotros estamos insertos en esa misma línea. A veces, en este trabajo he vivido momentos mágicos en los cuales he sentido tan cercana su presencia, tan próxima, que percibía su calor, el olor de sus ropas y la luz de las estancias reflejadas en esas viejas fotografías en color sepia....

Oscar Wilde decía: «Que hablen mal de uno es espantoso. Pero hay algo peor: que no hablen».

Y aquella otra frase: «Un personaje no muere mientras se continúe hablando de él...». Esa es mi pretensión, hablar de ellos para no dejarlos morir.

Analizando el grupo de mis bisabuelos paternos, se diría que la vida los hubiera agrupado intencionadamente. José Altamira e

Inocencio Redondo, padre y suegro de Rafael Altamira Crevea, tuvieron en común el sentido de la percepción, su gusto y su interés hacia las Bellas Artes. Ambos desarrollaron su vida profesional con la mirada prendida en la inmensidad de dos mares, este en el Cantábrico, aquel en el Mediterráneo. Mientras uno colocaba las ofrendas de su sensibilidad a los pies de la música, el otro lo hacía ante la pintura y la escultura. Los hijos de ambos repitieron el camino de sus antecesores, y en el árbol genealógico volvemos a encontrar notables músicos, pensadores y pintores.

Resumen biográfico

La figura del historiador, hispanista y jurista, pedagogo institucionalista, crítico de arte y político, Rafael Altamira y Crevea ha sido ampliamente estudiada. No obstante, no está de más trazar aquí un pequeño resumen biográfico.

Los 81 años de vida de este personaje son de una variedad de saberes tan grande, que resulta difícil de resumir.

Rafael Altamira fue un típico «hombre del Renacimiento»: historiador y reformador de la enseñanza de la historia, juez permanente del Tribunal de Justicia Internacional de La Haya (desde 1920 hasta su cierre por la invasión nazi) y el que redactó sus Estatutos; fue colaborador estrecho de Giner de los Ríos en la Institución Libre de Enseñanza; político (fue senador por Valencia) y estuvo propuesto por Manuel Azaña para presidente de la II República. En los años 1933 y 1951, año de su muerte, fue propuesto, y la propuesta aceptada, para el Premio Nobel de la Paz. A su muerte, la BBC de Londres anunció: «Ha muerto el intelectual español más completo de su tiempo».

La vida de Altamira está marcada por los lugares de máxima importancia en su biografía:

Nace en Alicante capital, el 10 de febrero de 1866. Estudia Derecho en Valencia donde tiene como profesor al institucionalista don Eduardo Soler —allí es compañero de Vicente Blasco Ibáñez— y realiza su doctorado en Madrid, en la Institución Libre



Rafaela Creves Cortés y José Altamira Moreno, padres de Rafael Altamira

de Enseñanza. Allí establece una gran amistad con don Francisco Giner de los Ríos y es nombrado secretario del Museo Pedagógico que dirigía don Manuel Bartolomé Cossío. Su tesis, sobre derecho comunal, la dirige otro importante institucionista, don Gumersindo de Azcárate. A lo largo de su vida, Rafael, tras sus constantes viajes y su trabajo incansable, siempre buscaba paz y reposo en su amado Campello, a la sombra de un pino centenario, embriagado por el aroma de los naranjos, limoneros y almendros de la finca heredada de su familia política, Ca Terol, sita en el barrio de la Creu.

En 1897 gana por oposición la cátedra de Historia del Derecho en la Universidad de Oviedo. Allí forma parte del famoso «Grupo de Oviedo»: Clarín, Álvarez Buylla, Adolfo Posada, Aniceto Sela y el propio Altamira, que colaboran activamente en el proyecto de extensión universitaria. En Oviedo se casa con la leonesa Pilar Redondo y nacen sus tres hijos. Con motivo del III centenario de la Universidad de Oviedo, siguiendo la labor de Labra, es elegido para realizar su importantísimo viaje a América de casi 2 años de duración, junio de 1909 a marzo de 1910, con la intención de restablecer los lazos culturales entre España y el continente americano. Allí pronunció innumerables conferencias, estableció tratados e intercambios, y escribió libros y artículos.

Posteriormente, de 1911 a 1913, es nombrado director general de Primera Enseñanza y debe volver a Madrid. En 1914 ocupa su nueva cátedra de Instituciones Políticas y Civiles de América en la Universidad Central de Madrid, y crea una importante escuela de historiadores y juristas. En 1916, la Universidad de Valencia lo elige su representante en el Senado.

En 1920 es miembro del Comité de Juristas «los Diez», encargado por la Sociedad de Naciones del proyecto de crear un Tribunal Permanente de Justicia Internacional, del que es nombrado juez permanente. Es propuesto para el Premio Nobel de la Paz. Trabaja en el Tribunal de 1921 hasta 1946, pero ha de

abandonarlo a causa de la invasión nazi. En 1939, sale de España con destino a Bayona, pasa por Portugal y finalmente, año 1945, se exilia en México D.F donde permanece trabajando hasta el 1 de junio de 1951, fecha de su fallecimiento. Sus restos reposan en el Panteón Español.